

Mario Méndez

Atrapado en una mochila

Ilustraciones de Valeria Arias



I

*T*odavía era temprano cuando Sol abrió los ojos y lo vio allí, sentado a los pies de su cama. Dio un respingo y no supo si enojarse o reír. Suspiró. Se tentó con taparse la cabeza con la sábana, pero en vez de eso se sentó en la cama y se quedó mirando a su inesperada visita. “No puede ser”, pensó, y cerró los ojos. Le pareció oír una risita y entonces sí se tiró hacia atrás y se tapó la cabeza con la almohada, aunque sabía que era un gesto inútil.

Sol tenía dieciocho años recién cumplidos, acababa de terminar el secundario y aún no sabía qué seguiría estudiando. Sus opciones eran tres: en principio, como no quería irse de El Escondido, el pueblo de montaña donde había nacido y se había criado, pensaba en estudiar Ingeniería agrónoma; si llegaba a ser ingeniera, creía que podría dedicarse a la producción de frutas finas, en especial frambuesas, sus preferidas. En segundo lugar, como le gustaba mucho leer, la tentaba la idea de convertirse en profesora de Literatura del pequeño colegio de El Escondido: no sería poca cosa ser la primera profesora nacida en el pueblo. Por último, y desde que iba a terapia, se había entusiasmado mucho con la Psicología. Adriana, la mamá de Sol, también concurría a terapia y tanto la madre como la hija sabían, aunque no hablaran demasiado del asunto, que uno de los temas repetidos en las sesiones que ambas tenían por separado, era la fantástica aventura que Sol creía haber vivido con su perro Runi, con el vendedor de frascos Ernesto Farías y los

habitantes del bosque de Fram, hacía ya ocho años. En terapia había terminado por aceptar que esa aventura en busca de la Planta Madre, junto a los hombrecitos del bosque, combatiendo a Salamandro y sus aliados del Volcán, había sido sólo una alocada fantasía de su niñez. Una hermosa fantasía, por cierto, pero sólo eso.

Y ahora, cuando ya se había convencido de que jamás volvería a verlo, aparecía. Allí estaba, sí, Guillaumín de Fresquet, Gui para los amigos, el pequeño caballero de treinta centímetros de altura, vestido con su capa de viaje, tocado con el alto sombrero (el mismo sombrero de siempre, casi tan alto como todo el hombrecito) y con el espadín al cinto. Allí, a los pies de su cama, aparecía otra vez Guillaumín, con una sonrisa.

Sol emergió de debajo de la almohada justo a tiempo para ver cómo el viejo Runi se las arreglaba, pesado como estaba, para entrar al trote a la pieza y acercar su cabezota rulienta al pequeño visitante, que le acariciaba el hocico y le hablaba con dulzura, como a un viejo amigo. Sol sacudió la cabeza. Su psicóloga podía decir lo que quisiera, y ella misma podía sostener de una manera adulta que los gnomos no existen, que los ciervos no hablan, que no hay monstruos en los volcanes, pero ante la mirada brillante de Gui, clavada en sus ojos, no había resistencia posible. Y menos aún si Gui dejaba de sonreír y con una seriedad que ella no le recordaba le decía que necesitaba su urgente ayuda.

—Se llevaron a Marvi —le dijo Guillaumín—. Tenemos que encontrarlo.

Runi ladró, como entendiendo lo que Gui decía. Y Sol supo, aun antes de poner los pies en el suelo, que apenas saliera de la cama se pondría a disposición de su amigo del bosque: la aventura volvía a comenzar.



II

Eva y Karl eran dos mochileros alemanes, en viaje por la Patagonia. Eva era una rubia grandota, algo rellenita, de voz altisonante: una mujer contundente. Karl, en cambio, era un muchacho muy flaco y muy alto, con una cabeza colorada que terminaba a lo lejos, como en punta. Parecía un fósforo. Los dos eran biólogos, los dos eran militantes ecologistas y eran, además, una pareja feliz. Se habían casado cuatro meses antes y de inmediato habían partido de su Frankfurt natal hacia Sudamérica. Desde hacía ya dos meses andaban paseando su felicidad de recién casados, sus ideas de biólogos ecologistas y su asombro de turistas por los lagos y montañas del sur argentino. Estaban fascinados y constantemente se decían, en esos días en que el viaje ya estaba por terminar, que no se querían volver.

El día en que Marvi los vio, y terminó yéndose con ellos, Karl y Eva habían llegado, sin darse cuenta, hasta los límites mismos del oculto bosque de Fram. Habían dejado las pesadas mochilas apoyadas contra un árbol para preparar el almuerzo, hablando en ese idioma áspero y resonante que Marvi nunca había oído antes. Escondido tras unas matas, maravillado con la novedad, el pequeñísimo hombrecito-niño, el único hijo de Naranja y Gui, los miraba ir y venir, trajinando con unos panes y un fiambre muy oloroso que él no conocía. Hasta ese día había visto sólo unos pocos humanos, todos lugareños, muy diferentes de esos dos mochileros. Y siempre desde lejos, porque una

de las primeras enseñanzas que recibían los niños de Fram era que no convenía acercarse a los vecinos de más allá del bosque. Pero Marvi estaba tan maravillado que se olvidó de las enseñanzas de sus padres, y de una frase muy seria que el Maestro-Mago, Maese Fuscal, les había hecho copiar en sus cuadernos como primera lección: “La supervivencia del bosque de Fram depende de que, salvo contadas excepciones, nadie sepa de nuestra existencia más allá del bosque”. Sin embargo, la fascinación era demasiado grande, y Marvi sólo tenía seis años de edad: todavía era un niño que gustaba de imitar a su padre, vistiendo una capa que le arrastraba detrás de los talones, y colgándose del cinto ramitas que semejaban espadas. Su mayor deseo, por ese entonces, era tener un sombrero igual de alto y señorial que el de Gui, aunque por el momento se tuviera que contentar con un gorrito de lana con pompón que le había tejido Naranja. Marvi era un chico obediente y casi siempre se comportaba con gran prudencia, aunque también era muy curioso, y ese día la curiosidad pudo más que los consejos de padres y maestros. Esperó a que los dos mochileros terminaran su almuerzo, y cuando vio que se recostaban contra un árbol para dormir una siesta, aprovechó para salir del escondite e investigar un poco en el improvisado campamento. Con el corazón retumbándole en el pecho, pasó al lado de Eva, cruzó por entre las piernas de Karl y se paró, con la cabeza en alto, venteando, como hacen los ciervos cuando llegan a un claro del bosque. Dos cosas le llegaban a la nariz; la primera, la que le aceleraba los latidos, era la sensación de la aventura, una sensación deliciosa, incomparable. Y el otro olor que percibía, que le hacía cosquillas en la panza, era el aroma extraño del fiambre que habían dejado los dos alemanes en un paquete de papel. Marvi no se pudo resistir y probó un bocado, que le supo casi tan bien como el bloquecito de chocolate que sacó